

JUAN GRACIA ARMENDÁRIZ

**GUÍA DE
EXTRAVIDADOS**

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: octubre de 2018

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: © Juan Gracia Armendáriz

© Juan Gracia Armendáriz, 2018

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2018

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17143-68-8 • DEPÓSITO LEGAL: V-1993-2018

Impreso en GZ Printek

Para I.

“Jean-Marc pensaba en la amorosa soledad de dos viejos seres que han pasado a ser invisibles para los demás.”

MILAN KUNDERA

VIA CON ME

Cartas.

Nadie escribe cartas.

Las que recibo en mi buzón han sido redactadas en el gabinete de prensa de algún banco. Las firma un hombre cuya rúbrica parece dibujada por la batuta de un director de orquesta en pleno arrebató sonoro. Como otras similares –el seguro de hogar, la póliza del coche–, es muda. De vez en cuando expresan una amenaza tributaria y siento que el hormigón del Estado puede desplomarse sobre mí. Algunas misivas desprenden una alegría psicótica; en esos casos imagino a todos los pensionistas del mundo enloquecidos por pagar su seguro médico mientras corretean por un paisaje vagamente nazi. Esas cartas vienen acompañadas de un folleto que me marea: dos ancianos jovencísimos sonrían bajo sus máscaras mortuorias y muestran perfectas dentaduras californianas. Suelen vestir de azul y blanco. Atractivos ancianos sin próstatas hinchadas ni pechos secos.

Pero eso que recibo no son cartas. El género epistolar es un documento anacrónico desplazado al escrutinio de muertos ilustres. Su lenguaje ha adquirido la textura de una arpillera. Piezas dentales extraídas de la sima de una intimidad expuesta sobre una bandeja metálica que alguien limpiará con un pincel. Palabras íntimas reducidas a despojos para filólogos.

Yo sí escribo cartas, pero no es una respuesta melancólica; me obliga la necesidad. Debo precisar: te escribo una carta, ésta.

Ayer no soñé contigo. O quizá sí. Ignoro si eras aquella mujer de rasgos indígenas que me observaba sentada en una silla de mimbre. Fuera de la cabaña flotaba el hervor de Sonora. El desierto exhaló una bocanada de aire y con él emergió un crepitar de huesos enterrados, el cascabeleo de una serpiente. No sentí miedo. Los ojos negros de la india cambiaron de color cuando me ofreció un hongo que algún día fue verde. Mordisqueé aquel botón tan terroso como sus manos. Ante mi cautela, ordenó: “Cómelo todo. Despacio”. Obedecí. Al instante volé, y allá abajo el océano era una gigantesca masa de mercurio.

A lo largo del día siguiente me acompañó una impresión de ligereza sobrenatural. Estaba convencido de que si me arrojara por el balcón planearía, sería un acróbata del aire, como los vencejos, a los que les divierte perseguirse al atardecer entre tenderos, chimeneas y cables eléctricos. Se aparean en el aire. Cegados por la pasión, en ocasiones se estrellan, caen y mueren. Nadie lo advierte. He leído por ahí que esa clase de sueños revelan deseos reprimidos de libertad. Sin embargo, ignoro si quiero liberarme.

Ahora dime, ¿eras esa mujer antigua? La pregunta es retórica. No contestarás. Estás llena de silencio y a través de esta carta trato de ventear tu rastro. Que las palabras sean perros de sangre, sabuesos cuyos ladridos resuenen en lo más profundo del monte mientras tú te transformas. Has adquirido esa irritante costumbre. Eres Dafne, sublimada en un laurel. Para que no sospeches, he de disfrazarme. Compraré un sombrero, un bigote postizo, cartera, zapatos de ante, llevaré una urraca azul en un hombro. Quizá así abandones la

costumbre de tus metamorfosis que sólo yo detecto. Por ejemplo, el gesto de una desconocida que se plisa el vestido junto a un semáforo. Eres un arbusto sucio, una nube desmelenada, una anciana temblorosa que recoge cartones. Siempre te gustaron los disfraces. No te imagino bajo el aspecto de una vieja, pero sospecho del ciego que vende una revista de mendigos junto a un cajero automático. ¿Te atreverás a tanto? Sólo tú, como la diosa Mnemosine, sabes lo que has sido, eres y serás...

Me pregunto si lograré asirte con palabras o si te alejaré para siempre. Las elijo como quien escoge frutas en un mercado, pero al instante tu luz chupa sus jugos o tu sombra las consume y fermenta. Ignoro a qué ámbito debo dirigirme, pero no me conformo. No podría aunque quisiera. Escribo; juegas; manoseo palabras para darte un sentido, pero tú dictas las normas pues eres la estructura ausente de mi relato. Te escondes ahora mismo tras las frases de esta carta o las punteas,alzada sobre tus zapatillas de ballet. ¿Estás arriba o a pie de página? ¿Me observas desde los márgenes? Habitas el blanco del papel bajo el cual no está tu cadáver.

Esta carta es mi punto de partida: el gesto concentrado del atleta, rodilla en tierra, la espalda encorvada en la línea de salida. Eleva la cabeza un instante antes del disparo para observar el horizonte. Siente que una gota de sudor resbala por su costado: ciento diez metros vallas. Tras la carrera quedan manchas en el suelo de la página, palabras que huelen a cerezas, el hueso asomado entre la carne fermentada que devoran las hormigas. Cuando es tu luz lo que las echa a perder, mis palabras son limones cubiertos por la escarcha del moho, cáscaras sucias de mandarina, uvas donde liban las avispas... Frutos de un bodegón amargo. Pero me empeño. Es todo cuanto sé hacer: escribir, dormir mal, comer poco. Mi persecución causa un derrame de palabras al tiempo que

tú te transformas: una mujer fuerte, una mujer que huele a maíz, un destello bajo el lóbulo de tu oreja, la piel interna de tus muslos, un caballito del diablo, la momia de un gato egipcio... ¿Aún palpitas?

No, no soy un atleta, sólo un hombre cansado que suda en una bicicleta estática mientras observa a una mujer a la que nunca alcanzará. Como ya imaginarás, te escribo mientras suena música. Desde los *Lieder* de Schubert a Pink Floyd. Con ciento cincuenta años de diferencia, dicen lo mismo: Ojalá estuvieras aquí.

Te conozco, dirías que soy un cursi. Un arcaizante. Un melodramático: una carta, un sombrero, una flor seca, un sobre, un amante que fuma tabaco negro con las manos cubiertas de tinta y manchas solares. Acaso otros puedan pensar que abuso de ti para rescatarte en esta carta. Pero no saben nada. Ellos. En ese plural se sienten a salvo, protegidos de un dolor que poseo en exclusiva. Los amigos comunes, los familiares, cada uno en su hueco; mi editor, que espera un nuevo libro de encargo y sólo encontrará –acaso– esto: una carta. Nada que ver con mi verdadero trabajo de escritor de biografías, guías de viaje, anecdotarios de la historia, compilaciones de citas... Todos esos libros escritos a destajo en horas sin sueño. Frente al ordenador no sentía tu presencia. Tampoco la siento durante las horas que dedico a redactar el último encargo: *Grandes robos de obras de arte*. Pero esta carta escrita sin exigencias contractuales ni plazos de entrega es la causa que me resarce de tantas páginas escritas a palletadas. Ascendo por tu ausencia impulsado por la necesidad. Habitamos el espacio de una persecución. Cazo palabras para ti y las dejo en ofrenda a los pies de un enterramiento sin cuerpo. Ahora, dime: ¿escuchas la voz de Fritz Wunderlich? ¿Escuchas a David Gilmour?

Si sigues ahí, continúo.